

“Ninguna doctrina es más fundamental para la fe que la doctrina de la Trinidad. Y no existe una explicación más breve, clara, bíblica y práctica de la Trinidad que la que aparece en estas páginas”.

— Dr. Norman L. Geisler, apologista cristiano
y autor de *Teología Sistemática*

“James White tiene una capacidad trascendental para decir cosas importantes y complejas de manera legible; y lo ha logrado una vez más en el libro *La Trinidad Olvidada*, el cual constituye una mirada vital a una doctrina ‘olvidada’ en las iglesias evangélicas”.

—Dr. John H. Armstrong, presidente,
Reformation & Revival Ministries, Inc

“*La Trinidad Olvidada* traza una ruta bien clara hacia una relación íntima con la Trinidad. El libro aleja a los lectores de la noción abstracta de Trinidad, y de manera muy inteligente nos conduce hacia el propósito final del libro que es la adoración: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ... Dios en tres personas, ¡bendita Trinidad!”

—Kerry D. McRoberts, pastor principal de la iglesia de las
Asambleas de Dios Kings Circle, y autor de “The Holy Trinity”
en *Systematic Theology: A Pentecostal Perspective*

“Los claros argumentos de White demuestran que la doctrina histórica cristiana de la Trinidad es total e ineludiblemente bíblica. Resulta muy útil la refutación que hace sobre los testigos de Jehová y los mormones”.

—Dr. J. I. Packer, profesor retirado,
Regent Collage

“La Trinidad es una doctrina en donde los errores resultan especialmente fatales. James White establece, de manera estelar, las bases bíblicas del trinitarianismo, examinando sus matices y su lugar en la historia de la iglesia. Su lúcida presentación servirá de ayuda tanto a pastores como a laicos por igual. Lo recomiendo ampliamente”.

—Dr. John MacArthur, pastor principal,
Grace Community Church

“Se debe felicitar al Dr. James White por su exhaustiva y meticulosa refutación sobre las enseñanzas de los mormones y los testigos de Jehová”.

—Dr. Gleason L. Archer, profesor jubilado de Antiguo Testamento e Idiomas bíblicos, Trinity International University

La Trinidad Olvidada

Rescatando el Corazón de la Fe Cristiana



James R. White

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

La Trinidad Olvidada fue publicado originalmente en inglés con el título **The Forgotten Trinity**.

Versión original en inglés en © 1998

Revisada y ampliada 2019

A menos que se especifique, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina-Valera® © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovada 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

© 2021

Editorial Bautista Independiente

EB-603

ISBN 978-1-953663-11-5

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd.

Sebring, FL 33870

(863) 382-6350

www.ebi-bmm.org

Printed in the USA

El compañerismo cristiano constituye un pequeño adelanto de lo que es el cielo aquí en la tierra. Los hermanos en la fe más cercanos son un tesoro que no se ha de tomar a la ligera. Uno de esos hermanos en Cristo que ha llegado a significar tanto para mí y para mi familia es Chris Arzen. Con gozo dedico esta obra a este hombre de Dios, un hermano en la fe, un verdadero “hijo de consolación”, un amigo valioso para mí. Gracias Chris por ser un cristiano que ama al Señor y que ha permitido que ese amor fluya hacia mi vida.

Sin embargo, me esforzaré hasta el final para que aquellos que estén prestos y tengan sus oídos abiertos a la Palabra de Dios puedan tener una base firme. Aquí, de hecho, si en algún lugar de los misterios secretos de las Escrituras tenemos la obligación de hacernos filósofos con discreción y gran moderación; tengamos sumo cuidado para que ni nuestros pensamientos ni nuestro lenguaje sobrepasen los límites hacia los cuales se extiende la Palabra de Dios. Porque, ¿cómo puede la mente humana, basada en su pequeña dimensión, y siendo incapaz todavía de establecer con certeza la naturaleza de la composición del sol, a pesar de que los ojos de los hombres diariamente lo contemplen, medir la esencia inconmensurable de Dios? De hecho, ¿cómo puede la mente por sí misma llegar a escudriñar la esencia de Dios cuando ella misma ni siquiera puede alcanzar la suya propia? Dispongámonos entonces a dejarle a Dios el conocimiento de sí mismo; porque, tal y como dice Hilario (de Poitiers), él es el único apto para hablar de sí mismo, y la única manera de conocerle es por medio de él mismo. Pero “dejaremos que dependa de él” conocerle tal y como se nos revela, sin buscar preguntas en otra parte que no sea su Palabra.

Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, I XIII: 21

ÍNDICE

1. ¿Por qué la Trinidad “Olvidada”?	1
2. ¿Qué es la Trinidad?	12
3. Dios: Una Breve Introducción	21
4. Una Obra Maestra: El Prólogo de Juan	35
5. Jesucristo: Dios en Carne Humana	55
6. Yo Soy	89
7. El Creador de Todo	102
8. Carmen Christi: El Himno a Cristo como Dios.....	118
9. Jehová de los Ejércitos	129
10. No Contristéis al Espíritu Santo	139
11. Tres Personas	151
12. Una Mirada Más de Cerca	160
13. De la Niebla del Tiempo: La Trinidad y la Historia de Iglesia .	174
14. ¿Realmente Importa? La Devoción Cristiana y la Trinidad	190
Apéndice	194
Índice de la Biblia	199
Índice de Autores.....	204
Índice de Temas.....	206

CAPÍTULO 1



¿POR QUÉ LA TRINIDAD “OLVIDADA”?

Amo la Trinidad. ¿Le suena esto a usted extraño? Para la mayoría de las personas, esto *debería* sonar extraño. Piense en ello: ¿cuándo fue la última vez que usted escuchó a alguien decir algo así? Lo que solemos escuchar es “Amo a Jesús” o “Amo a Dios”, pero ¿cuán a menudo alguien dice “Amo la Trinidad”? Hasta escuchamos decir “Amo la cruz” o “Amo la Biblia”, pero no escuchamos que alguien diga “Amo la Trinidad”. Y, ¿por qué?

Alguien pudiera decir, “Bueno, la Trinidad es una doctrina y uno no ama las doctrinas”. Pero, de hecho, sí lo hacemos. No estaría mal decir, “Amo la justificación” o “Amo la segunda venida de Cristo”. Además, la Trinidad no es tan solo una doctrina, como tampoco decir que “amo la deidad de Cristo” hace de Cristo tan solo una doctrina.

Así que, ¿por qué no hablamos de amar la Trinidad? La mayoría de los cristianos no entienden lo que significa el término, y tan solo tienen una vaga idea de la realidad que representa. No amamos las cosas que consideramos muy complicadas, obtusas o simplemente demasiado difíciles. Nos resulta más cómodo decir: “Yo siempre amaré esa cruz”, porque *pensamos* que dominamos mejor lo que eso realmente significa y representa. Pero confesamos cuán poco entendemos la Trinidad por lo poco que hablamos de ella y por la poca emoción que evoca en nuestros corazones.

LA TRINIDAD OLVIDADA

Sin embargo, parecemos estar un poco confundidos en este punto porque la mayoría de los cristianos sostiene una posición firme en cuanto a la Trinidad y los aspectos fundamentales que conducen a ella (la deidad de Cristo, la persona del Espíritu Santo). Evitamos asociarnos con grupos como los mormones y los testigos de Jehová porque rechazan la Trinidad y la reemplazan con otro concepto. También valoramos la salvación de una persona sobre la base de su aceptación de esta doctrina, y, sin embargo, si somos honestos con nosotros mismos, *no sabemos exactamente por qué*.

Este es el tema del cual no nos atrevemos a hablar —nadie se atreve a cuestionar la Trinidad por miedo a ser catalogado como “hereje”; sin embargo, tenemos todo tipo de preguntas al respecto y no estamos seguros a quién podemos dirigir las. Muchos creyentes le han preguntado a quienes creían más maduros en la fe, y a menudo han salido confundidos por las respuestas *contradictorias* que reciben. Muchos de nosotros, al decidir que es mejor permanecer confundido antes que se nos cuestione nuestra ortodoxia, dejamos el tema para ese día mítico en el futuro “cuando tengamos más tiempo”; y en ese proceso, nos hemos perdido una gran bendición.

La Bendición de la Trinidad

Un conocimiento certero y preciso de la Trinidad ya de por sí es una bendición. Por supuesto, cualquier revelación de la verdad de Dios es un acto de gracia, pero la Trinidad nos trae una bendición de un valor mucho más grande del que normalmente le dan los creyentes en el presente. ¿Por qué? Porque, cuando la analizamos, descubrimos que la Trinidad es la revelación suprema de Dios mismo para con su pueblo. Esta es la corona, la cumbre, el lucero más reluciente en el firmamento de las verdades divinas. Tal y como afirmaré en más de una ocasión en esta obra, Dios reveló esta verdad acerca de sí mismo de manera más clara e irrefutable en la encarnación misma, cuando Jesucristo, el eterno Hijo de Dios, se hizo carne y caminó entre nosotros. Tan solo ese acto nos reveló la Trinidad de tal manera que ninguna cantidad de revelación verbal sería capaz de comunicar. A Dios le ha placido revelarnos que él existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y como Dios cree que es importante que lo sepamos,

¿POR QUÉ LA TRINIDAD “OLVIDADA”?

así también debemos nosotros creerlo. Y debido a que Dios atravesó una serie de dificultades para dejarnos esto bien claro, debemos ver la Trinidad como una posesión valiosa, en la cima misma de las tantas cosas que Dios nos ha revelado, que de otra manera no las hubiéramos conocido.

Cuando Pablo le escribió a los colosenses, les decía que estaba orando por ellos. Él no oraba para que obtuvieran grandes casas y carrosas de lujo. Él oraba para que fueran bendecidos por Dios en el ámbito espiritual con riquezas espirituales. Estas son sus palabras:

...para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.
(Col. 2:2-3)

¿Qué significa ser “ricos” espiritualmente? Somos ricos espiritualmente cuando tenemos “pleno entendimiento”. ¿Cuántas personas hoy en día pueden decir con honestidad que tienen un verdadero entendimiento de la naturaleza de Dios como para decir que es “pleno”? ¿Será que la mayoría nos conformamos con algo inferior a lo que Dios tiene para nosotros? La persona que tiene tal riqueza, vista en la plenitud del entendimiento, posee un “verdadero conocimiento” (LBLA) de los misterios de Dios, es decir, de Cristo mismo. La meta de la vida cristiana, incluyendo la meta del estudio y la erudición cristianos, es siempre la misma: Jesucristo, “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. ¿Anhelamos tener un “verdadero conocimiento” acerca de Cristo? Cuando cantamos, “Señor, quiero conocerte”, ¿lo decimos en serio, y luego hacemos uso de las maneras que él nos ha proporcionado para alcanzar este “verdadero conocimiento” de él? Conocer verdaderamente a Cristo es conocer la Trinidad, porque Dios no se ha revelado de manera tal que tengamos un conocimiento *verdadero* y *equilibrado* del Padre fuera del conocimiento del Hijo, todo lo cual nos llega por medio del Espíritu. Una persona que quiera “conocer a Jesús” tiene que, debido a la naturaleza de la revelación de Dios, conocerle de la manera en que está relacionado con el Padre y con el Espíritu. Debemos conocer, entender y amar la Trinidad para ser cristianos plenos y cabales. Es por eso que decimos que la Trinidad es la más excelsa de las verdades reveladas de Dios.

¿Por qué “Olvidada”?

¿Por qué la Trinidad se ha convertido en un apéndice teológico al cual a menudo se malinterpreta más de lo que se le conoce correctamente? Creo que hay varias razones. Existe la idea completamente falsa de que Dios no quiere que usemos nuestras mentes para amarle y adorarle (anti-intelectualismo), así como la idea de que “la teología es para personas frívolas e insensibles. Queremos una fe viva”. Esta última razón es la más irracional porque una fe viva es aquella que se centra en las verdades de la revelación de Dios. Los sentimientos y las emociones más profundas evocadas por el Espíritu de Dios no están dirigidos hacia conceptos difusos, borrosos e imprecisos, sino hacia las verdades de Dios claramente reveladas en cuanto a su amor, la obra de Cristo y el ministerio del Espíritu Santo. En las relaciones humanas no tiene sentido alguno decir “Yo amo a mi esposa”, si no me esfuerzo lo suficiente para tener en cuenta su personalidad, gustos, sueños, etc. Y peor aún, si mi esposa ha puesto todo su empeño para asegurarse de que yo *pueda* conocer esas características suyas, y yo continuara *ignorando* sus esfuerzos, ¿qué dice eso realmente acerca del *amor* que siento por ella? La idea de que existe cierta contradicción entre el estudio profundo de la Palabra de Dios para conocer lo que Dios ha revelado acerca de sí mismo, y una fe viva y vital, es intrínsecamente contradictoria en sí misma.

Cualquiera que fueran las razones para que exista una ignorancia general acerca de los aspectos concernientes a la Trinidad, el resultado es claro. La mayoría de los cristianos, aunque recuerdan el término “Trinidad”, han olvidado el lugar central que debe tener esta doctrina en la vida cristiana. Además, en raras ocasiones este resulta ser el tema de los sermones y estudios bíblicos, y rara vez es el objeto de adoración —al menos la adoración *en verdad*, la cual dijo Jesús es la que desea el Padre (Jn. 4:23). En cambio, esta doctrina se ha *malinterpretado* y también se ha *ignorado*. Se ha malinterpretado de tal manera que la mayoría de los cristianos, cuando se les pregunta, dan definiciones *incorrectas* y en ocasiones totalmente *heréticas* de la Trinidad. Para otros, se ha llegado a ignorar hasta el punto en que, entre aquellos que entienden correctamente

la doctrina, no se le da el lugar que debería tener en la proclamación del mensaje del evangelio, ni en la vida del creyente individual en la oración, la adoración y el servicio.

La Solución

Afortunadamente, la solución a este problema está a la mano. El Espíritu Santo siempre desea guiar al pueblo de Dios a un conocimiento más profundo de la verdad de Dios. Esta es la maravillosa “constante” en la que pueden confiar todos los ministros y maestros: en todo verdadero creyente habita el Espíritu Santo de Dios, y el Espíritu siempre va a cumplir la promesa de guiarnos a toda verdad. Cualquier creyente que busque honestamente la verdad de Dios y esté dispuesto a dejar a un lado cualquier idea preconcebida y tradición que puedan ser contrarias a esa verdad, encontrará fuerza y aliento para el *esfuerzo* (sí, “esfuerzo”) que se requiere para llegar a ese conocimiento verdadero y al pleno entendimiento de los cuales Pablo hablaba. Nosotros simplemente no nos sentamos y esperamos a que Dios nos golpee con una ola de emociones. Por el contrario, el Espíritu nos conduce a su Palabra, alumbrando nuestras mentes y llenando nuestros corazones de amor por las verdades que descubrimos.

Muchas obras teológicas se derivan de una postura intelectual y académica. No hay nada malo con tales obras, porque hay necesidad de ellas. Sin embargo, esta obra, aunque incorpora los elementos académicos necesarios, está escrita desde una posición que incluye la “pasión”. No se trata de pasión en el sentido de sentimientos desordenados y caóticos, sino de pasión en el sentido de un amor ferviente por algo: en este caso, la verdad sobre Dios a la que llamamos “Trinidad”. Este libro no pretende ser un manual de todos los “argumentos” que se pueden usar para “demostrar” un punto. Para eso ya existen abundantes obras. En cambio, esta obra está escrita *por* un creyente *para* otros creyentes. Y aunque tengo que explicar y enseñar, ilustrar y documentar, lo hago para alcanzar un objetivo superior.

LA TRINIDAD OLVIDADA

Deseo invitarlo a usted, amigo creyente, a un amor más profundo, sublime e intenso de la verdad de Dios. Es mi deseo que cuando termine de leer este libro, no lo ponga a un lado simplemente y diga: “Tengo algunas municiones buenas para usarlas la próxima vez que debata sobre la Trinidad”. En cambio, espero que Dios, en su gracia, use esto para implantar en su corazón un profundo anhelo de conocerlo aún más. Ruego que ese anhelo permanezca por el resto de su vida, y que le conduzca a amarlo más de lleno, a adorarlo más plenamente y a honrarlo con toda su vida. Mi deseo es que se una a mí diciendo: “Amo a la Trinidad”. Una persona que *ame* esta verdad de Dios también podrá explicarla y defenderla, pero la *motivación* para hacerlo será mucho más abundante, y el resultado final será la edificación del creyente y la iglesia en general, en lugar de una mera “victoria” en un debate o argumento en particular. Y una cosa es segura: una persona que hable la verdad de Dios por *convicción* y *amor* lo hace mucho más convincentemente que la persona que carece de tales motivaciones.

En la verdadera adoración se ha de adorar a Dios *tal como él es*, no como deseáramos que fuera. La esencia de la idolatría es hacerse imágenes de Dios. Una imagen es una sombra, una representación falsa. Es posible que no nos inclinemos ante una estatua o una efigie, pero si nos hacemos una imagen de Dios en nuestra mente *que no esté acorde a la revelación que Dios ha dado de sí mismo*, entonces no estamos adorando en verdad. Debido a que el pecado y la rebelión siempre nos empujan hacia dioses falsos y nos alejan del verdadero Dios, debemos tratar *todos los días* de conformar nuestro pensamiento y nuestra adoración al estándar que Dios posee de la verdad, revelado tan maravillosamente en las Escrituras. Debemos estar dispuestos a amar a Dios tal y como *Él es*, y eso incluye *cada* aspecto de su ser que pudiera, debido a nuestra naturaleza caída, sernos ofensivo, o estar más allá de nuestras capacidades limitadas para ser comprendidos totalmente. No debemos acomodar a Dios para que se ajuste a nuestras ideas y conceptos preconcebidos. En cambio, debemos pedirle siempre que en su gracia abra nuestras mentes nubladas y que se nos revele para que podamos amarle realmente y adorarle adecuadamente.

El Ejemplo de Edwards

El ejemplo de Jonathan Edwards¹ siempre me ha desafiado cuando se trata de amar a Dios *tal como se ha revelado a sí mismo*, en lugar de amar una imagen que me haya hecho de él en mi mente:

A veces, solo mencionar una sola palabra hacía que mi corazón ardiera en mi interior; o con tan solo ver el nombre de Cristo, o el nombre de algún atributo de Dios. Y Dios se me ha aparecido glorioso a causa de la Trinidad. Y esto ha provocado que tenga pensamientos sublimes acerca de Dios, de que él subsiste en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Las alegrías y deleites más dulces que he experimentado, no han sido las que han surgido de la esperanza de mi propio bienestar, sino en la contemplación directa de las cosas gloriosas del evangelio.

En cierta ocasión, en 1737, mientras cabalgaba por el bosque por motivos de salud, y habiéndome bajado de mi caballo en un lugar retirado, como ha sido mi costumbre, para caminar ejerciendo la contemplación divina y la oración, tuve una visión que para mí fue extraordinaria. Era una visión de la gloria del Hijo de Dios (como mediador entre Dios y el hombre) y su gracia y amor maravillosos, grandes, plenos, puros y dulces, y su humilde y gentil magnanimidad. Esta gracia que me apareció tan tranquila y dulce, también apareció grande sobre los cielos. La persona de Cristo aparecía inefablemente excelente, con una excelencia lo suficientemente grande como para absorber todo pensamiento y concepción (lo cual se prolongó, según puedo juzgar, cerca de una hora) manteniéndome la mayor parte del tiempo en un torrente de lágrimas y llorando en voz alta. Sentí que mi alma ardía para ser (lo que no sé cómo expresar de otro modo) vaciada y aniquilada; para quedar tendido sobre el polvo, y ser lleno solo de Cristo; para amarlo con un amor puro y santo; para confiar en él; para vivir en él; para servirle y seguirle; y para ser perfectamente santificado y purificado con una pureza divina y celestial. En varias ocasiones he tenido visiones de esa misma naturaleza, muy parecidas, y que han tenido los mismos efectos.²

1 El gran ministro de Northampton (1703-1758), considerado uno de los más grandes teólogos que Estados Unidos haya producido.

2 Ian Murray, Jonathan Edwards: A New Biography (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1987), 99-100.

LA TRINIDAD OLVIDADA

Cuando las personas de hoy en día hablan de “experiencias espirituales”, a menudo me veo obligado a reflexionar sobre el hecho de que raras veces estas experiencias se centran en *Dios*, más bien se centran en lo que esa persona cree que Dios ha hecho por ella o en lo que esa persona ha *logrado* “para Dios”. La experiencia de Edwards es mucho más profunda y más significativa aún. El objeto de su reflexión es perenne, porque no es otra cosa que la verdad eterna de Dios. El mundo y sus circunstancias no pueden quitarle lo más precioso: su Dios.

Confieso que los momentos en que mi alma se encuentra tan cautivada por tales alegrías divinas, son demasiado infrecuentes en comparación con las veces en que se ocupa de las cosas de este mundo y se distrae con objetos que podemos considerar mucho menos dignos. Tal pareciera como si el mundo entero hiciera todo lo posible por evitar que me regocijé en mi Dios al contemplar su naturaleza, sus atributos y sus obras. Pero al leer acerca de grandes hombres de Dios en el pasado me percaté de que hay dos elementos que son comunes en sus vidas: el sufrimiento y el amor por la contemplación de los atributos y las obras de Dios. Cuando me comparo con Edwards, o con cualquier otro de los grandes hombres y mujeres piadosos del pasado, rápidamente veo cuán influido estoy por los estándares y las prioridades de este mundo.

Pero lo más importante es que lo que atrajo a Edwards hacia el cielo fueron los mismos atributos de Dios que tornan frívola a la persona mundana y que, de hecho, a menudo son los más ofensivos para el hombre natural o inconverso. ¿Amamos a Dios (*todo de Dios, incluyendo las partes “difíciles” de su naturaleza*) o nos negamos a inclinarnos ante esos elementos que nos resultan “problemáticos”? Si lo amamos y lo adoramos como él lo merece, no nos *atreveremos* a “acomodarlo” para que se ajuste a *nuestros* deseos. En su lugar, buscaremos adorarlo en verdad.

Dios Es Grande

La Trinidad es una verdad que pone a prueba nuestra consagración al principio de que Dios es más inteligente que nosotros. Por extraño que parezca, realmente creo que en la mayoría de los casos en que un grupo religioso niega la Trinidad, la razón se remonta a la falta de voluntad del

fundador de admitir la simple realidad de que Dios es más grande de lo que podemos imaginar. A eso es realmente lo que se han referido los cristianos cuando usan el término “misterio” de la Trinidad. El término nunca ha significado que la Trinidad sea algo inherentemente irracional. En su lugar, simplemente significa que nos damos cuenta de que Dios es completamente único en la forma en que él existe, y de que hay elementos de su ser que están simplemente más allá de nuestra escasa capacidad mental de comprender. El hecho de que Dios es eterno es otra faceta de su ser que va más allá de nosotros. Realmente no podemos asimilar la eternidad, ni cómo Dios existe eternamente en lugar de existir en el tiempo. Sin embargo, esta verdad se nos revela en las Escrituras, y la creemos sobre la base lógica de que Dios es digno de confianza. Es un “misterio” que aceptamos sobre la base de la fe que tenemos en la revelación de Dios.

Cuando los hombres se acercan a la verdad de Dios con una actitud activa, a menudo deciden que hay elementos particulares de esa verdad que no son “adecuados” para ellos, por lo que “modifican” el mensaje de la fe para que se ajuste a sus propias nociones. Dado que la Trinidad es la más sublime de las revelaciones de Dios acerca de sí mismo, no es de sorprender que descubramos la existencia de muchos grupos que la niegan. Si negamos cualquiera de las verdades precedentes sobre las cuales se basa la Trinidad, terminaremos rechazando la doctrina en *su totalidad*. Detrás de cada negación de la Trinidad que ha aparecido a lo largo de la historia, yace la falta de voluntad para adorar a Dios *tal y como él es y como se ha revelado a sí mismo*. Queremos un Dios al que podamos acomodar en una caja, y el eterno y trino Dios, no cabe en ese molde.

William G. T. Shedd se percató de la verdad cuando escribió:

La doctrina de la Trinidad es la más *inmensa* de todas las doctrinas de la religión. Es la base de la teología. El cristianismo, en última instancia, es trinitarianismo. Saque del Nuevo Testamento a la persona del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y no quedará nada de Dios. Saque de la conciencia cristiana los pensamientos y afectos que se relacionan con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y no quedará nada de la conciencia cristiana. La Trinidad es la idea constitutiva de la teología evangélica y la idea formativa de la experiencia evangélica. La inmensidad de la doc-

trina hace que sea necesariamente un misterio; pero un misterio que, como la noche, envuelve en sus profundidades insondables las brillantes estrellas —puntos de luz, comparados con los cuales no hay luz tan aguda y tan brillante. Por muy misteriosa que parezca, la Trinidad de la Revelación Divina es la doctrina que contiene toda la esperanza del hombre; porque alberga en sí la compasión infinita de la Encarnación y la misericordia infinita de la Redención.

Y este misterio lo comparte con la doctrina de la Eternidad Divina. Es difícil decir cuál es más desconcertante para la comprensión humana, si la consciencia abarcadora, simultánea y sin sucesión del Ser Infinito, o su personalidad trina. Sin embargo, ningún teísta rechaza la doctrina de la Eternidad Divina por causa de su misterio. Las dos doctrinas son antitéticas y correlativas. En uno de los ríos del norte que fluye a través de un estrecho abismo cuya profundidad no ha sido sondeada, hay dos acantilados, uno frente al otro, alzando sus pináculos al azul éter y metiendo sus raíces hasta los cimientos de la tierra. Sus nombres son Trinidad y Eternidad. Así permanecen, antitéticas y confrontadas, la trinidad y la eternidad de Dios en el esquema cristiano.³

Existe una tendencia en el corazón que lucha contra la idea de un Dios eterno, queriendo hacerlo “más como nosotros”. Pero una actitud piadosa, la actitud que imparte el Espíritu de Dios, se inclina con humilde reverencia y, en lugar de *luchar*, abraza con amor al Dios que está más allá de toda comprensión. Dicha actitud no puede imponérsele a nadie. Se necesita un milagro para que el alma, que por naturaleza es hostil,⁴ esté dispuesta a amar a Dios y a buscar su rostro. Ese milagro es la obra de la regeneración, la que nos hace “nacer de lo alto”,⁵ la que nos hace “una nueva criatura”.⁶ Por lo tanto, verdades como la eternidad de Dios y su naturaleza trina, son doctrinas *para los que son cristianos*, en el sentido de que para amar, aceptar y tener hambre de estas cosas, ha de tener lugar el milagro de la salvación.

3 William G. T. Shedd, “Introductory Essay” in Philip Schaff, ed., *The Nicene and Post-Nicene Fathers, Serie I* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1956), 10-11.

4 Romanos 8:7-8; 5:10.

5 Juan 3:3-6.

6 2 Corintios 5:17

¿POR QUÉ LA TRINIDAD “OLVIDADA”?

Cuanto más exhaustivo sea nuestro conocimiento de la revelación de Dios, más profundo será nuestro amor por él. Por esa razón, debemos adentrarnos en la revelación de Dios, “lanzarse a lo profundo”, por así decirlo, y explorar las Escrituras para que podamos entender correctamente el pináculo de la revelación de Dios acerca de sí mismo, o sea, la Trinidad.

Una Breve Palabra Sobre El Formato

Mi deseo es llevar mi amor por la Trinidad a los corazones de muchos de mis compañeros creyentes. Como resultado, he hecho todo lo posible por evitar la tentación que se deriva de haber defendido esta gran verdad de quienes la niegan: tratando de ser *exhaustivo* en cada punto. Cualquiera que haya pasado mucho tiempo “debatendo” con alguien que niegue la Trinidad, sabe cómo, en ocasiones, uno debe tornarse muy, pero *muy* particular para responder ciertos argumentos y puntos. Pero como no estoy escribiendo específicamente para aquellos que *no* creen, sino para los que *sí* creen, he tratado de ser breve, conciso y directo. Hay muchos pasajes de las Escrituras que yo *pudiera* haber presentado y objeciones que *pudiera* haber abordado, pero no lo hice. Mi meta era simplemente asegurarme de que el resultado final estuviera a disposición de la más vasta audiencia posible.